

Nota editorial

La campaña de las elecciones generales discurre sobre dos certezas que parecen ignoradas. La primera de estas certezas es que la oferta económica y política del PSOE y Pedro Sánchez es una elaborada impostura que refleja –repetida como farsa– el extremismo, la disgregación territorial y el desplome económico a los que condujo a España su antecesor, José Luis Rodríguez Zapatero. Aunque cueste creerlo, también en 2008 se nos decía que había dinero, y los socialistas hacían del compromiso del pleno empleo en esa legislatura su gran tema de campaña. Personalidades en apariencia tan prudentes como el ministro de Economía Pedro Solbes avalaban las sucesivas rondas de gasto público insostenible. Apenas dos años más tarde, y solo unos días después de que por enésima vez el Gobierno socialista negara la existencia de crisis alguna, Rodríguez Zapatero se veía obligado a comparecer ante el Congreso para anunciar *in extremis* un duro ajuste presupuestario exigido por las principales economías del mundo porque España, otra vez bajo mandato socialista, se había convertido en un riesgo sistémico extremo para la economía internacional. Lo que vino después lo sabemos, y quienes lo hayan olvidado pronto recibirán –recibiremos todos– una generosa dosis de recuerdo si Sánchez se mantiene en la presidencia del Gobierno.

Ahora nos encontramos de nuevo ante otra ronda de gasto público electoralista igualmente insostenible, en plena desaceleración de la economía, y con la perspectiva de subidas generalizadas de impuestos si después del 28 de abril hay un Gobierno socialista. Sin embargo, la trompetería gubernamental para acompañar sus anuncios de gasto supuestamente social, se convierte en silencio sepulcral cuando se trata de Cataluña. Sánchez quiere convertir Cataluña en el elefante en la habitación, aunque sepamos que se trata del problema político crucial para los derechos de millones de conciudadanos en esa comunidad, crucial para el futuro del sistema constitucional y la continuidad histórica de España.

Hay que recurrir a Miquel Iceta para saber lo que de verdad esconde ese silencio oficial del PSOE. Si la independencia llegara a tener el apoyo del 65% de los catalanes –dice Iceta–, entonces habría que habilitar un mecanismo que la hiciera posible. Con esa afirmación, Iceta perfila la fórmula que la izquierda está gestando para satisfacer a los independentistas, y que consiste en el reconocimiento político de la autodeterminación de Cataluña y el compromiso de negociar su ejercicio en el futuro; por ejemplo, cuando se pueda decir que el 65% de los catalanes son independentistas. Naturalmente

que no existe tal derecho de autodeterminación en el caso de Cataluña y que, además, si existiera, tratándose de un derecho fundamental, su reconocimiento no dependería de porcentaje alguno. Pero a esto conduce asumir la falacia nacionalista e intentar maquillarla en interés propio.

La otra certeza de esta campaña a la que nos referíamos, se sitúa en frente de los socialistas, pero resulta axiomática. Si el voto en la izquierda se concentra y el voto en el centro y la derecha se dispersa, esta fragmentación allanará fatalmente el camino a la Moncloa de la coalición Frankenstein. Ciudadanos parece dedicado a cultivar milimétricamente su limitada ambición de bisagra, mientras Vox se plantea el 28 de abril no como una elección crítica para decidir quién gobierna España, sino

como unas primarias en la derecha en las que espera desplazar al Partido Popular y a su liderazgo para implantarse en su espacio electoral. De ahí la insistencia en sus mensajes despectivos hacia el Partido Popular, su campaña de enardecimiento, su afán por procurar que los votantes castiguen retroactivamente a un PP que Pablo Casado ha superado y renovado, su negativa –como ha ocurrido también con Ciudadanos– a encontrar acuerdos razonables que aseguraran la eficiencia de los votos, de todos los votos. De este modo, Vox arrastra a una parte de la derecha a perder su ambición mayoritaria, y a librar batallas culturales inciertas y desubicadas –véase el caso de las armas– a costa de renunciar eficazmente a la disputa del poder. Y esto sí que es la verdadera antipolítica que se va a poner a prueba el próximo día 28. ■

